

**El blog de la Doctora Jomeini
el desenlace**

Planes de boda

Ana González Duque



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#PlanesDeBoda

Colección: Tombooktu Chicklit

www.chicklit.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *El blog de la doctora Jomeini: el desenlace. Planes de boda*

Autor: © Ana González Duque

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-16692-00-2

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-16692-01-9

ISBN Digital: 978-84-16692-02-6

Fecha de publicación: Octubre 2016

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-31295-2016

El humor es el mejor anestésico que existe,
independientemente de su vía de administración.

Alberto García Salido
@nopanadem

Índice



Prólogo	17
Parte I	
Hola: me llamo Jomeini y soy blogadicta	21
Buscando piso	23
Empanada de bonito y otras delicias del trabajo	25
¡He encontrado piso!	27
Odio las mudanzas.....	29
Preparando el quirófano	31
Primera guardia de Urgencias	33
Ikeando, que es gerundio	37
La primera espinal y La Nazi	39
Compartir piso	41
La máquina de anestesia	43
En quirófano	45
Primera fiesta de residentes (I)	47
Primera fiesta de residentes (II)	49

Claridad mental	51
Llamada telefónica	53
Siempre me enamoro de quien no debo	55
Anestesia y las matemáticas	57
Clase de danza	59
Sorpresa, sorpresa	61
El parto	63
Errare humanum est	65
Guadalberto y el mal de amores	67
Aguas menores	69
Parole, parole, parole	71
El día de la castaña	73
La lectura del agua	75
Urgencia vital	77
Cita a ciegas	79
Vida real	81
Vacaciones	83
Guardia de Fin de Año	85
Quiero ser una chica bombón	87
La vida es un <i>reality show</i>	89
Guindillas y pimiento morrón	91
El toro por los cuernos	93
La pre-cita	95
La cita	97
Orlando	99
Tiempo	101
J y la llamada de teléfono	103
Carnaval, Carnaval	105

Los hombres son la leche	107
La suegra	109
Estrategias	113
Doña Pasita o el don de la paciencia	115
Calamity J	119
Doña Perfecta	121
Amor escondido	123
Los misterios del Valsalva	125
Paella en perspectiva	127
Comida familiar	129
La revelación	131
En las nubes	133
Decisiones	135
Conversaciones	137
Mosca	139
De los nervios	141
Padres	143
El mensaje	145
Quien oye, su mal escucha	147
El veneno de la serpiente	149
Uffff	151
Sin paracaídas	153
Ropa tirada	155
R2	159

Parte II

Planes de boda	163
Con bici y a lo loco	165

España cañí	167
El Chino	169
Copas	171
¡Un médico!	175
Un mal día	177
La invitación	179
La preanestesia	181
La futusú	185
La magia de la anestesia	189
Sobre terremotos y seísmos	191
El fibroscopio	193
La enterada	195
Pause	197
El traje de novia	199
Antoine o la importancia de tener un nombre francés	203
Celos	207
La otra parte	209
Noche de chicas	211
Parada	215
J	217
El póster	219
La noche	221
Putas si bailas, putas si no bailas	223

Primeras guardias en Rea	225
Aterrizaje forzoso	227
La noche del póster	229
El paciente quinquí	233
WhatsApp	235
La fuente de los siete caños	237
Guardia de riesgo	239
Amor propofolizado	243
La escala de Glasgow	245
Reencuentro	247
Metiendo la pata hasta el fondo	251
El fotógrafo	253
El Berenjena	255
Un solitario	257
Sarao flamenco	259
Lluvia dorada	261
Ser bloguera	263
Obediencia ciega	265
Un paciente un tanto especial	267
Despedida de soltera	271
El día después	273
El feto muerto	277
El vestido	279
Cuerpo extraño en recto	281

Viaje a Tenerife	283
Tartas de boda	287
El día D	291
La boda	293
La noche de bodas	295
Luna de miel	299
Agradecimientos	301

En España, para obtener el título de Especialista en Anestesiología se debe pasar un examen a nivel nacional: el MIR. A partir de ahí, una vez escogida la plaza, el *anestesioblasto* se enfrentará a cuatro años de formación MIR –llamados vulgarmente la Residencia– en los que aprenderá a lidiar con el lado oscuro del quirófano guiado por sus adjuntos, médicos especialistas. Los residentes llaman a cada año de especialidad R seguido de un número que significa el año de Residencia en el que se encuentran: R1, R2, R3 ó R4. A sus compañeros de año, los denominan co-R.

Prólogo



Vamos a ver, almas de cántaro. Cuando se publicó *El blog de la Doctora Jomeini* no creí necesario especificar aquello de «Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia», pero después de que mis propios compañeros me preguntasen si yo no había hecho la residencia con ellos en Tenerife en vez de en el Hospital de Cristal, unas cuantas reseñas opinaron que la novela tenía poco mérito porque sólo era un blog llevado a papel (Sí, es un blog llevado a papel, pero que nunca existió siendo blog) y, sobre todo, después de que mi suegra que, gracias al cielo, no se parece en absoluto a la Castafiore, me recriminara lo «bonita que la había puesto», sí que me parece necesario.

Queridos lectores, todo lo que hay escrito en estas páginas es fruto de mi imaginación. Me lo he inventado tan ricamente. No tiene absolutamente nada que ver con mi blog personal (ya cerrado), más allá del nombre. Ya me gustaría a mí tener un tipín de veintitantos años y ligar como una cosaca como la Doctora Jomeini de la novela. Pero, desgraciadamente, no es el caso.

Que ustedes lo disfruten.

Ana González Duque

Parte I



Hola: me llamo Jomeini y soy blogadicta



10 de mayo de 2010

¿Doctora Jomeini? Sí, ese es mi nombre. Me bautizó así un amigo al que puse a dieta *fundamentalista* para adelgazar. ¿No sabéis quién soy? No me extraña. No soy famosa y tampoco creo que lo sea en breve. Tengo veintiséis años y soy canaria. Mido un metro setenta y seis. Soy morena. Y por esos avatares de la vida, en una semana, seré una de las residentes que entren a trabajar en el Servicio de Anestesiología del Hospital Nuestra Señora de Cristal en Madrid.

El avatar de la vida al que me refiero, en concreto, se llama Roberto. Y era mi novio desde hace dos años. El día después de escoger mi plaza de residente en su ciudad me llamó para decirme que estaba con otra. Que ya me lo podía haber dicho dos días antes, vamos, digo yo. Consecuencia: heme aquí, en Madrid, sin novio y sin casa, a punto de empezar a trabajar y más perdida que una virgen en un burdel.

Por el momento, estoy de okupa en el sofá de mi amiga Lula, pero mañana, aparte de una nueva vida, empiezo a buscar piso. Y hoy he decidido abrirme un blog. Básicamente porque Lula, después de tres noches de lágrimas y clínex, me ha dicho: «¿Por qué no te abres un blog? Te servirá de válvula de escape». Yo creo que lo ha dicho porque está harta de oírme gimotear, pero vale, ¿quiere que escriba un blog?, pues voy a hacerlo.

Estoy segura de que Tolstói, mientras escribía *Guerra y Paz*, no tenía que pensar en buscar piso, ni en las lavadoras que le quedaban por recoger. Y Agatha Christie, mientras metía la nariz en los libros de venenos, no tenía que preocuparse de lo que le quedaba por estudiar. En otras palabras, que independientemente de la cantidad de oportunidades de quedar como una imbécil total que te ofrece un blog, no tengo tiempo para ser escritora en serio, y, como no tengo dignidad que perder y sí muchas horas muertas, me decidí y aquí estoy, zambullida de pleno en una *blogadicción* y dispuesta a contaros mi vida y milagros.

¡Cielos! ¡No puedo creer que esté haciendo esto!

Buscando piso



11 de mayo de 2010

Buscar piso en Madrid es más difícil que encontrar un tío *coca-cola light* en una Facultad de Telecomunicaciones. Lo primero que tenéis que saber es que la gente miente. Mienten como bellacos.

Si en el anuncio pone: «Apartamento céntrico con vistas sobre zonas verdes, ideal para parejas», una debe leer entre líneas: «Apartamento –cuchitril– céntrico –te voy a cobrar el doble de lo que vale– con vistas sobre zonas verdes –una única ventana en toda la casa que, además, está tapada por un árbol–, ideal para parejas –que se quieran mucho, porque si no, no caben».

Pues eso. Quedé con varios propietarios, a cual peor. El primero me enseñó un piso en el que la Familia Adams se habría sentido a sus anchas, con cortinajes de terciopelo, oscuro como la boca de un lobo y con una capa de polvo de un centímetro de grosor.

Los segundos eran una pareja de ancianos que me enseñaron un piso, según ella, de lo más coqueto. Lleno de tapetes de ganchillo, hasta la escobilla del váter tenía uno, lo juro. Y en las mesillas de noche, de adorno espectacular, una pareja disecada de gallina y gallo. De lo más chic.

El tercer propietario me enseñó una casa que no estaba del todo mal, pero tenía que compartirla con su hija: una tipa de

un metro ochenta, con el pelo teñido de rosa y piercings hasta en el carné de identidad, que lo primero que hizo fue mirarme el escote con lascivia. Como que paso.

Desesperada, he dado una vuelta por el hospital y he cogido un par de teléfonos del tablón de anuncios, a ver si encuentro a alguien con quien compartir. Por ahora, sigo de okupa del sofá de Lula. Su novio y ella deben de estar de mí –y del constante reguero de clínex por las llantinas que me acosan– hasta el mismísimo moño.

Mañana empiezo a trabajar. Y cuando salga del curro volveré a intentarlo.

Empanada de bonito y otras delicias del trabajo



18 de mayo de 2010

Hoy nos han citado en la zona de Recursos Humanos del Hospital a un grupo pequeño de residentes para solucionar los papeleos previos a empezar a trabajar. Cuando he llegado, sólo había una chica delgada, espectacularmente guapa, que miraba el mundo desde lo alto de unos Jimmy Choo de cuero blanco.

—Hola —la he saludado—. Soy Jomeini, la R1 de Anestesiología. ¿Y tú?

—Ay, qué guay, cóooooo como mola —dijo la diosa, batiendo las pestañas— Soy tu co-R.

—Ah, estupendo —respondí con voz débil. Oh, sí, va a ser estupendo para mi ego trabajar codo con codo con la portada del *Vogue* todos los días.

—¿Sabes cuántos somos hoy? —me pregunta Miss Vogue, mientras se atusa la melena dorada, que le cae por el hombro derecho.

—Creo que somos diez: los cinco residentes de Anestesia, tres de Cirugía General y dos de Traumatología.

—Oh, mira, creo que ahí vienen.

Entraron dos chicos más. Uno alto, desgarbado, con cara ligeramente parecida a la de un hipopótamo afable. El otro, con una chupa de cuero y mirada de «¡aquí estoy yo para comerme el mundo!». Llamémosles Hippo y ElReydelPolloFrito: los resis de Traumatología.

Detrás de ellos, dos chicas con pintas de tener un palo metido en el culo. Casi gemelas: rubias, bajitas, delgadísimas, con los labios fruncidos en una mueca de asco. Vienen hablando con un tío gordito, con pinta de agobiado. Veamos: las señoritas Rottenmeyer y Twinky Winky. O en otras palabras: los tres rexis de Cirugía General.

Faltan por llegar tres de mis co-R.

Casi cuando estamos empezando, entran una chica y un chico hablando animadamente. Ella es algo mayor que nosotros y parece normal, gracias a Dios. El chico tiene cara de perrito apaleado y nos mira a todos con angustia. Mis co-R. Ya sólo falta uno.

Nos sentamos y atendemos a un repeinado que nos va indicando los papeles que debemos entregar y los trámites que debemos hacer, cuando se abre la puerta y entra el tío más guapo que había visto en mi vida. ¿Sabéis ese anuncio típico de colonia en el que el chico —siempre espectacular, guapo a rabiar, tabletita de chocolate— pasa y todas las chicas se derriten a su paso? Ese fue exactamente el efecto que causó el Adonis cuando entró en la sala y se sentó.

¡Dios! Este ser de otro mundo va a compartir conmigo sus días. Me va a dar un infarto. Y lo mismo que yo deben estar pensando el resto de las féminas de la sala, incluidas las cirujanoblastos que han borrado por un segundo la mueca de asco de sus boquitas de Barbie.

El repeinado nos va preguntando, sin coscarse de nada, por qué hemos elegido la especialidad que vamos a comenzar hoy. Su dedo busca al primer voluntario y se detiene en el Adonis. Incapaz de resistirse a sus encantos, dice:

—Tú. Dinos cómo te llamas, qué especialidad vas a comenzar hoy y por qué la has elegido.

El Adonis se levanta, revelando un pedazo de abdomen moreno y comestible.

—Soy... —¡Qué voz!—. Voy a hacer Anestesiología. —¡BIIIIIEEN! —Y empieza a reírse de la manera más idiota del mundo—. No sé por qué, jejejeje, algo tenía que hacer.

Sonó como una nota falsa en medio de una melodía perfecta. Vale, la naturaleza es sabia y ha compensado un exterior incomparable con un interior de empanado total. En resumen, una empanada de bonito.

¡He encontrado piso!



21 de mayo de 2010

Sólo una nota breve para informar que, desde mañana, abandono oficialmente el sofá de Lula y de su novio para instalarme en un piso de cuatro habitaciones con tres compañeras. Chiara, una italiana gordita y sonrosada, ayudante de dirección de una empresa; J, una chica delgadita con el pelo lila, microbióloga; y Serena, un nervio puro –a pesar de su nombre–, MIR como yo, pero de Radiología.

Odio las mudanzas



23 de mayo de 2010

La verdad es que no era mucho lo que tenía que mudar de casa de Lula a mi nuevo nidito. Mis pertenencias estaban metidas en cuatro bolsas grandes de basura y dos maletones que me traje de casa de Roberto el día de la gran ruptura. Pero, como la casa de Lula y el piso donde voy a vivir ahora estaban a sólo dos calles, decidí que era ridículo contratar un transporte. Que yo solita podía darme el paseo e ir acarreando las cosas. Grave error.

El día que elegí para la mudanza hacía un sol que derretía las piedras. Primero, llevé la maleta más grande llena de libros y de zapatos. Esta adicción a comprar libros y zapatos tiene que terminar antes de mi próxima mudanza. A pleno sol. Sudando como un pollo. Con los conserjes de los edificios diciéndome: «Guapa, que te derrites», con ese desparpajo que tienen los madrileños. Llegué al piso. Mis compañeras no estaban, así que aparqué el maletón en medio de mi habitación y volví a salir.

Cuando acarreaba la penúltima de las bolsas de basura, el tiempo decidió hacerme la puñeta por su cuenta y se puso a llover. En Madrid, en primavera, no llueve, diluvia. Así que llegué, de nuevo, al piso empapada. Pensé que era absurdo cambiarme para ir a buscar la última de mis bolsas de basura, porque después de todo, iba a volver a mojarme, así que salí tal cual a enfrentarme con los elementos.

Pero los hados, no contentos con calarme hasta los huesos, decidieron jugarme una mala pasada más. Cuando me faltaban diez metros para llegar, veo que bajo un paraguas, se acerca ElReydelPolloFrito, el residente de Traumatología. ¡Y yo con estas pintas! Levanto la bolsa de basura intentado esconderme detrás, mientras la señora de la frutería de debajo de mi casa me mira, con cara de sospecha. Después de todo, me ha visto pasar con dos maletas y cuatro bolsas de basura. A lo mejor, se cree que estoy traficando con algo. Le sonrío desde detrás de mi bolsa de basura cuando, de pronto, algo me detiene bruscamente. Me he chocado con una farola. La bolsa de basura se balancea peligrosamente y cae, abriéndose y desparramando todo su contenido por la acera empapada: compresas, taponnes, la Epilady, crema suavizante, maquillaje, anticelulítica... todos esos pequeños secretos que nunca quisiste que nadie supiera, a la vista de todo el mundo.

—¡Ejem, ejem! —carraspea alguien a mi lado. Levanto la vista y me encuentro con la sonrisa de oreja a oreja de ElReydelPolloFrito—. ¿Te ayudo?

No me quedó más remedio que decirle que sí.

Preparando el quirófano



3 de junio de 2010

Cuando era pequeña, mientras las demás niñas soñaban con ser princesas y desfilan vestidas de merengues rosas, yo soñaba con ser bruja. Me parecía un verdadero chollazo. Una princesa tenía criados, palacio, pasta gansa y tal, pero también tenía que asistir a actos oficiales –¡Ufff!–. Y, como al pueblo se le cruzara el cable, ni criados, ni palacio, ni pasta. En cambio, las brujas... con sólo chascar los dedos, podían conseguir lo que quisieran y tenían una superescoba –tipo la Nimbus 2000 de Harry Potter– con la que volar de un lado para otro, sin colas para facturar ni narices.

En fin, aunque alguno piense que ya he conseguido lo de ser bruja –después de todo, una tiene una fama y una reputación que mantener–, lo cierto es que lo más próximo a ese sueño infantil que he conseguido es preparar el quirófano para la intervención. Llego por la mañana cuando todo está en calma y me pongo manos a la obra, mezclando fármacos y sueros, como ingredientes en la marmita, para luego administrar una pizca de aquí y otra de allá... –todavía con una chuleta para no equivocarme–. Y, luego, haces tu magia y envías a alguien a volar para traerlo de regreso en el momento preciso.

Lo único malo es que tú te quedas en tierra oyendo el bip de una máquina.

Primera guardia de Urgencias



8 de junio de 2010

Ayer, Miss Vogue y yo hicimos nuestra primera guardia de Urgencias. Llegué hecha un flan. Y tener a Miss Vogue a mi lado, con sus zuecos de diseño y su fonendo de Dolce & Gabanna no mejoró precisamente mi estado de ánimo.

—Hola, somos las R1 de Anestesia. —Le dije a una médico alta y morena con pinta de agobiada.

—Ah, vale. —Me respondió. Y siguió a lo suyo.

Miss Vogue y yo nos miramos con cara de niñas perdidas en las rebajas. Mi co-R hizo un mohín con sus labios perfectamente delineados y yo decidí reintentarlo.

—Es que... tenemos guardia aquí hoy.

—Haber empezado por ahí. ¿Cómo te llamas? ¿Y tú? Bueno, da igual, dentro de dos horas no me acordaré de cómo os llamáis. Yo soy La Superesa, vuestra adjunta de hoy.

Las dos asentimos, sin saber muy bien cómo responder a tanto entusiasmo. La Superesa nos lleva a un mostrador y nos pone en la mano un pliego de papel a cada una.

—Estos son vuestros primeros pacientes —nos dice—. El tuyo —añade, dirigiéndose a Miss Vogue— es un varón de 28 años que acude por dolor testicular. —Miss Vogue pone cara de palo, pero La Superesa no se amilana—. Histórialo. Explóralo. Quiero que me traigas un diagnóstico diferencial y me digas qué pruebas piensas que debes pedir.

—Pero... —Miss Vogue no da crédito a sus oídos—. ¿No vas a venir con nosotras a verle?

—Ya no eres estudiante, guapa —le contesta La Superesa con sorna—. Bienvenida a la realidad.

Miss Vogue coge el pliego que le tiende con un ademán contrariado y se encamina al cubículo.

—Y tú —me dice entonces La Superesa— tienes a una señora de noventa años con dolor abdominal. Lo mismo.

Con mi pliego entre las manos, me encamino al cubículo. Según lo que pone la enfermera de triage en la parte posterior del papel, mi paciente no padece de nada importante ni es alérgica a ningún medicamento.

—Hola —saludo— soy la Doctora Jomeini. ¿Qué le ocurre?

La señora parece una gallina. Es delgada, con una nariz aguileña que es igual que un pico. El pelo blanco y suave corona su cabeza como si fuera plumón.

—Me duele la barriga.

—¿Desde cuándo? —pregunto, formulando la segunda pregunta hipocrática.

—Hummm, hace unos meses, la verdad, pero me dije «de hoy no pasa».

—Y, ¿cree que tiene relación con algo?, ¿con algún alimento? ¿O le duele más a alguna hora del día en concreto?

A medida que voy formulando preguntas, ella las va negando moviendo su cabeza coronada de plumas blancas.

—A ver, déjeme explorarla... —la ausculto primero. Los ruidos intestinales son normales. Empiezo a palparla y mis dedos tropiezan con algo duro. De hecho, la mitad aproximada de su abdomen tiene una consistencia leñosa.

—Er... espere un momento... Va a haber que pedirle unas pruebas —o eso creo, aunque en este momento, me he quedado en blanco—, esto... vuelvo en un minuto.

Busco a la adjunta de Urgencias en el maremágnum de caras desconocidas y, al final, la encuentro en uno de los cubículos del fondo haciendo una exploración neurológica.

—Perdona, Superesa, es que mi paciente tiene la mitad de la tripa dura.

Ella me mira con cara de suficiencia y veo, como si estuviera escrito con neón en su frente, que piensa que soy idiota.

—Pues será caca —responde aburrida de todo.

—Yo creo que no. ¿Te importaría venir a explorarla conmigo?

Pone un gesto de fastidio, pero se cuelga el fonendo al cuello y me sigue. A medida que va palpando el abdomen de mi galli-paciente, la expresión de suficiencia va dando paso a una expresión de sorpresa. Cuando salimos del cubículo, me susurra:

—Tiene una masa abdominal enorme. Vamos a pedirle una TAC. Y también analítica y un preoperatorio completo, por si va a quirófano.

Luego, parece recapacitar sobre cómo me ha tratado y me mira a los ojos, mientras una media sonrisa le desdibuja la boca prieta.

—Bien hecho, doctora. Buen comienzo.

Y, de golpe, siento que el nudo de nervios de mi estómago desaparece. Y me pongo a trabajar. Sin miedo.

Ikeando, que es gerundio



18 de junio de 2010

Después de tres semanas —cual princesa del guisante— sin dormir, gracias a un resorte del colchón que me ha tocado en el reparto de los dormitorios del piso, me decidí a comprar una cama y a poner coqueta mi leonera. Así que, ni corta ni perezosa, le pedí prestado el coche a Lula y me plantifiqué en Ikea. Una vez allí, me encontré con dos problemas:

Pasear por Ikea es como comer pipas: vas picoteando y picoteando y sólo te das cuenta de lo que has comido cuando te escuece la sal de la factura en los labios.

Y, una vez pagado el picoteo, el segundo problema es que hay que ser experto en Tetris para conseguir meterlo todo en un Opel Corsa de tres puertas. Añadimos a eso que, para más inri, el Opel Corsa no es tuyo y no sabes cómo cuernos hacer abatibles los sillones traseros, y por supuesto, como suele pasar en estos casos, su dueña está no disponible o fuera de cobertura.

Así que ahí estaba yo, sudando la gota gorda, mientras luchaba contra el hecho de que una cama —aunque sea una cama por piezas— y un colchón no caben, lo pongas como lo pongas, en un Opel Corsa, cuando apareció PerritoApaleado. Esta costumbre de encontrarme a mis compañeros de residencia cuando necesito a un caballero andante, me está empezando a mosquear, la verdad. Pero, en aquel momento, no pensé en

mis pintas sudorosas ni en la rechifla de días posteriores en el quirófano. En aquel momento, vi los cielos abiertos.

—¿Y cómo se abaten los asientos? —me preguntó después de que lo asaltase como una loca y le explicase mi problema.

—He ahí el quid de la cuestión. Que no lo sé. Que el coche no es mío.

—A ver si va a ser esta palanquita... —dijo y ¡Oh, milagro!, los sillones cedieron, dejando mi ingenio femenino al nivel del betún.

Entre los dos, metimos la caja de la cama y el colchón. Y sobre eso, las tres bolsas de complementos varios que se me habían ido antojando.

—¡Ay, Perrito! —le dije, abrazándole eufórica—. ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

El sonrió, tímidamente, poniéndose como la grana. Luego, me guiñó un ojo y sonrió:

—Mientras no me pidas que te ayude a sacarlo todo otra vez...

Mierda. No había pensado en eso.

La primera espinal y La Nazi



28 de junio de 2010

En *Anatomía de Grey* hay un personaje al que llaman La Nazi. Es una cirujana bajita, rellenita y negra, muy exigente, pero con un corazón que no le cabe en el pecho, por lo cual el mote no es precisamente muy apropiado. En mi servicio sí que hay una Nazi que se merece que la llamen así. Es rubia, alta y espigada, con ojos claros como dos trozos de escarcha y fría como el hielo. Sus comentarios son hirientes y es temida por auxiliares, residentes, enfermeros y cirujanos.

Hoy he estado con La Nazi. Llegué pronto al hospital para tener tiempo de preparar el quirófano con calma y hablar con el paciente antes de que ella llegara.

—Jomeini, ¿dónde estás hoy? —me pregunta Empanadadebonito.

—En Trauma. Con La Nazi.

Hace una mueca. La Nazi es aún más antipática con los chicos y Empanadadebonito lo ha sufrido en sus propias carnes más de una vez.

—Mi más sincero pésame —me dice sonriendo.

—Muy gracioso.

El paciente es un señor de unos sesenta años, sin más antecedente que una hipertensión, que viene a retirarse un fragmento de material de osteosíntesis de la tibia. Cuando estoy hablando con él, llega La Nazi.

—Que lo pasen —ordena dictatorialmente.

No ha saludado al paciente. Tampoco a mí. Es todo simpatía. Corro tras ella para alcanzarla.

—¿Has puesto espinales? —me pregunta.

¿Qué le contesto? Si digo que no, no me dejará pinchar. Me limitaré a observar, como en otras ocasiones, cómo pincha otro. En algún momento tengo que pasar de la teoría a la práctica. Así que decido jugarme el todo por el todo.

—Sí —miento—, un par de ellas.

Asiente, pensativa, con la cabeza.

—Bien. Pues le pinchas tú.

Me lavo. Cargo la medicación bajo la mirada atenta de La Nazi, localizo el espacio en la espalda del paciente y pincho. Sale inmediatamente un líquido claro, parecido a un almíbar, que demuestra que estoy en el sitio correcto. Coloco la jeringa cargada con la medicación en la aguja e inyecto. De pronto, el anestésico que estaba en la jeringa sale disparado en todas direcciones, salvo en la que debería ir, empapando completamente a La Nazi, que se había acercado a mirar. Levanto la vista, temiendo lo peor. Los auxiliares y los enfermeros guardan un silencio sepulcral y en sus miradas veo un atisbo de compasión. Me va a matar. Y lo saben. La Nazi, mojada hasta las amígdalas, boquea asombrada como un pez en la pecera.

—Quita, quita de en medio, que ya sigo yo.

Me retiro a un lado, cabizbaja.

—Tienes que fijar bien la jeringa —me dice con voz helada.

Y ya está. No dice nada más. Me he librado. Por los pelos. Pero, como decía Escarlata O'Hara, «A Dios pongo por testigo...» que no volverá a pasarme.

Compartir piso



1 de julio de 2010

La culpa de todo la tiene *Friends*. Después de pasarnos toda la adolescencia viendo cómo Joey y Chandler compartían piso sin ningún problema, nos cuesta reconocer que somos una Mónica cualquiera, maniáticas de la limpieza y el orden y que lo pasamos fatal cuando las cosas no se hacen a nuestra manera. Chiara, J, Serena y yo empezamos a vivir juntas prácticamente al mismo tiempo. Y, al principio, no establecimos ningún tipo de normas. Sólo la de vivir y dejar vivir. Pero no somos Joey y Chandler y una noche, J y yo llegamos de trabajar y Serena y Chiara estaban discutiendo por la colocación de un tubo de pasta de dientes, así que decidimos sentarnos y organizarnos. Hicimos un cuadro de colorines con la limpieza de las zonas comunes y con el fastidio de bajar la basura, y decidimos cocinar cada una, una semana para el resto.

La semana de Chiara fue una verdadera orgía de sabores. De sus manos regordetas, salieron platos de pasta fresca con albahaca y tomate, ensalada de salmón con verduras y una deliciosa ternera al horno. J, como buena asturiana, solucionó nuestros problemas de estreñimiento con sus platos de fabes, que engullimos sudando la gota gorda por los calores de julio. Yo hice lo que pude, sin salirme del presupuesto. Llamé a mi madre y le pedí su receta de pollo a la naranja

y la de la quiche de gambas. Y me defendí honrosamente. El problema llegó cuando fue el turno de Serena.

Las cuatro nos sentamos a comer juntas: hemos cogido por costumbre esperarnos para almorzar, charlando sobre las cosas del día. Serena puso frente a nosotros un plato de una cosa verde pálido en la que flotaban trozos de verdura. Parecía Blandi Blub.

—Per la Madonna, ¿che cosa es esto? —dijo Chiara.

Serena, un poco molesta, anunció:

—Espinacas con nata.

Las tres hundimos nuestros tenedores en aquel líquido verdoso y nos los llevamos a la boca. Era incomible. La espinaca estaba cruda. La nata, sosa. No sabía a nada.

—Bueno, mejor traigo el segundo —dijo Serena viéndonos las caras.

El segundo plato era un amasijo amarillento con alguna judía verde dispersa.

—Y, esto... ¿qué es? —preguntó J.

—Arroz al horno —dijo Serena.

—Porque tú lo dices —masculló J para sí misma.

Chiara, J y yo nos miramos después de probar aquel engrudo amarillo.

—Esto... Serena... —empecé a decir— creo que va a ser mejor que tú no cocines.

—Es que no sé —refunfuñó ella.

—Oh, ¿en serio? —ironizó Chiara—. No me había dado cuenta.

—Ya vale —se enfadó Serena—, nunca he tenido que hacerlo. ¿Por qué voy a saber?

A partir de ahora, Serena no entra en el turno de cocina, pero una tarde a la semana, la comida la hace ella bajo la supervisión de la cocinera de turno. Que nadie nace aprendido.

La máquina de anestesia



9 de julio de 2010

Aquí estoy, frente al libro, intentado aclararme con este rollo infumable que es la máquina de anestesia. Sí, de acuerdo, el primer día uno de los adjuntos del servicio intentó explicármela. Yo lo miré, puse *cara de latín* –la misma cara que le ponía a mi profe de latín de estar entendiéndolo todo mientras, para mis adentros, decidía coger ciencias puras– y asentí, mientras aquella cosa similar a R2-D2 pitaba como una loca. Ya sabéis la situación: te hablan y tú: «sí, sí, sí, ajá», el «ajá» es importantísimo para dar el toque intelectual al tema. Está bien, reconozco que en un mes, lo que ese primer día era chino, ahora es algo así como inglés: no es tu idioma materno y si te hablan rápido sólo pillas el cincuenta por ciento. Pero es que, ahora, uno de los tutores pretende que sepamos cómo funciona por dentro. ¡Dios...! Pero si yo nunca aprendí a programar el vídeo y todavía no sé para qué sirven el ochenta por ciento de las teclas del mando a distancia de la tele...

Total, que me he sentado delante del libro. Esta vez no puedo pasarme a ciencias puras. No me queda más remedio que meterme en la cabeza, como sea, los flujómetros, las válvulas de flujo, las salidas de colectores y los reguladores de balance. Y, para más inri, el cachondo del libro dice: «Los errores humanos aumentan si no se entiende totalmente la complejidad de estas máquinas». Pues eso, que me voy a estudiar.

En quirófano



19 de julio de 2010

Primer día de mi rotación de Cirugía General. Llego a las 7:30 a. m., no por que sea masoquista, sino porque a esa hora todos los *resis* del servicio pinchamos a los pacientes que esperan en Preanestesia y preparamos los quirófanos. Para empezar, teóricamente, a las 8:30.

Me miro en el listado: estoy en Cirugía General con el Dr. Respirehondo-Lleneelpechodeaire, que espero tenga paciencia con mi torpeza intrínseca. La paciente —llamémosla Señora A— se somete a una colectomía por una colitis ulcerosa. La hoja de Preanestesia pone: «Retraso mental leve. ¡Atención: sorda!». Empezamos bien.

—Señora A, soy la Doctora Jomeini. Soy la residente de Anestesia. Le voy a hacer unas preguntas.

La doña sonrío. No tiene dientes, salvo un colmillo *jodelón* justo en el sitio donde apoyo el dedo para intubar.

—¿Es usted alérgica a algo?

—Sí.

—¿Ah, sí? —en la historia no pone nada—. ¿A qué?

—Sí.

—DIGO QUE A QUÉ ES ALÉRGICA.

—Sí, en el 83.

Estamos buenos. La señora es más sorda que una tapia. Me desgañito viva, con risas sofocadas por parte del resto de los pacientes de la sala.

—¡QUE A QUÉ ES ALÉRGICAAAAA!

—¡Ah! A la penicilina. La vomité una vez.

Vale. Genial. No es alérgica a nada. Le pongo el antibiótico y un poco de midazolam para que entre tranquila.

Es una colectomía. Eso significa: anestesia general, vía central y arteria. O sea, de treinta a cuarenta minutos de preparación anestésica. Pero, con mi superhabilidad de R1, puedo llegar a una hora. Cargo los fármacos. Preparo la máquina. La duermo. La señora tiene unas vías inexistentes. No las veo ni con ultravisión. A ciegas, cojo una vena humeral y la arteria mientras el adjunto coge la central.

La opera el Doctor Pisandohuevos, que es muy majo pero más lento que un desfile de cojos. Hoy, no obstante, termina la cirugía en un tiempo récord. Tanto que he calculado anestesia para, por lo menos, media hora más. Me cuesta un riñón despertar a la doña que, para más inri, no me oye.

—¡Señora A! —berreo—. ¡DESPIERTEEEEEEE!

La Señora A está más a gusto que un arbusto. Y no le da la gana despertarse. Veinte minutos —y una afonía de tanto gritarle— más tarde, la dejo en la Rea.

—¿Le duele algo?

—Sí.

—¿Dónde le duele?

—Sí.

iiiiiiiiii;AAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHH!!!!!!!

Primera fiesta de residentes (I)



31 de julio de 2010

Nos maquillamos juntas, las cuatro, como si fuéramos un escuadrón de combate que se prepara para la batalla. J monopolizaba el espejo del baño, aplicándose *eye-liner* de color púrpura a juego con su pelo, mientras Chiara nos mareaba a todas en nubes de Chanel n.º 5. Alguien la había convencido de que era muy elegante, pero la verdad es que nos estaba intoxicando. Yo taconeaba, de un lado para otro, subida en unas sandalias plateadas de tacón y en ropa interior, mientras intentaba decidir qué ponerme.

—Pues ponte otros zapatos —me dijo Serena. Como siempre, aún no había empezado a vestirse. Fumaba lánguidamente, sentada en el suelo, frente a las puertas abiertas del balcón—. ¿Qué más te da?

—Quiero ponerme estos zapatos. Exorcizarlos. Son los que llevaba la última vez que salí con Roberto.

—Pues ponte el vestido que llevabas entonces.

—No puedo. Me lo dejé en su casa —y recuerdo, entonces, las manos de Roberto sobre mi piel. Cómo me había ido quitando el vestido lentamente, mientras me besaba. No. No quiero pensar en eso—. ¿Qué tal este? —pregunto, enseñándole un vestido azul marino de tirantes.

—*Très chic* —dice la loca de J asomando la cabeza por la puerta. Parece un papagayo: al pelo lila se suman un top verde

Agradecimientos



Tengo que dar gracias a mucha gente.

A Tombooktu por haber confiado en mí y haberme dado la oportunidad de publicar la primera parte. Y por volver a confiar en mí para reeditarla junto con la segunda.

A Rebeca Rus, por animarme a seguir escribiendo y por tantas horas de risas. Eres grande, pequeña.

A Victoria Vílchez y a Érika Gael, que me enseñaron todo lo que hay que saber sobre el mundo de la romántica. Y a las que debo muchos cafés y muchas risas.

A todos los blogueros y a todos los lectores que se han molestado en hacer una reseña o poner un comentario sobre el libro. Mil millones de gracias, chicos.

A mi madre (@janejubilada), que es mi mayor crítica y que se ha leído la novela mil veces a la caza del mínimo error. Y a mi padre, que se la leyó. Increíble, pero cierto.

A mi marido, Carlos, y a mis hijos, Eva y David, que llenan mis días de luz. Y que, ocasionalmente, me dejan tiempo para escribir sin protestar demasiado.

Y, por supuesto, a todos los jomeinistas. Sin vosotros, esto no sería posible. Si os ha gustado, recomendadlo. Si no, decidme qué puedo mejorar en drajomeini@gmail.com